



MÉRIDA, ALTA HISTORIA

Por José Álvarez Sáenz de Buruaga

Además de la Mérida romana, fundamental en el devenir histórico de nuestra ciudad, de la que hoy voy a tratar, hay una Mérida importantísima cristiana y visigoda. Mérida cristiana es, sobre todo, Santa Eulalia. Emeritense ella, murió martirizada en la última persecución de los cristianos. Su fama se extendió por toda la Península, por Francia... La cantó Prudencio, tuvo oficio propio antes del siglo VII, haciéndole San Agustín un sermón, para su festividad. Está por hacer un libro eulaliense geográfico, toponímico y artístico.

En la época cristiana hubo aquí, en la sede metropolitana de Santa María de Jerusalén, destacados concilios. Famoso fue el monasterio de Cauliana, hoy complejo agrícola de Cubillana.

Una de las seis capitales de otras provincias en que se dividía España en la etapa visigoda fue Mérida, donde se acuñaban monedas de oro y donde nació el arte visigodo, a base de reunir en el mismo elementos romanos, bizantinos y germánicos.

En los albores de la morisma, después de Guadalete no viene Covadonga. Si el mismo Rey don Ro-

drigo no escapó de la batalla, sus huestes se encastillaron tras las murallas de Mérida, resistiendo un año a los invasores. Este parón a Muza y las revueltas que se sucedieron en la antigua capital de la Lusitania, permitieron reorganizarse a los cristianos de Asturias. Mérida será luego, después de Toledo, la más importante población mozárabe de España, que asolará Abderramán II, destruyendo sus murallas y levantando la alcazaba, que es, por cierto, la más antigua de España, imitada de las sirias.

Aquellas fortificaciones romanas, destruidas por el citado emir, pasaron fabulosamente al Romancero. Un hijo de Carlomagno hizo tales encarecimientos de Mérida ante los caballeros de la Tabla Redonda, que acabaron peleándose por si tenía o no trescientos castillos, que Oliveros y Roldán rebajaban a ochenta: «No vades allá el buen rey, buen rey no vades allá, porque Mérida es muy fuerte, bien se os defenderá; trescientos castillos tiene que es cosa de los mirare»...

En 1230 se reconquista la ciudad por los cristianos, pero desde la Atalaya del Naharro, allá por Zafra, el monarca Alfonso IX de-

creta el hundimiento de la vieja ciudad romana, cediéndola a la catedral de Santiago de Compostela, a la que el intrigante obispo Gelmírez había trasladado años antes la dignidad arzobispal emeritense. Solo que, dándose cuenta aquellos capitulares de que era posible administrar desde tan lejos una tan vasta propiedad, la cambian, ¡a Mérida!, a la Orden de Santiago, por unas tierras en Galicia. Nunca se llevarían bien, por supuesto, Mérida y los santiaguistas.

La Edad Media terminará en España con los Reyes Católicos, con una batalla a cinco kilómetros de nuestra ciudad, la llamada del Albuera, venciendo a los portugueses, y también españoles, de la Beltraneja.

El nacimiento de América aquel 12 de octubre de 1492, tendrá con Colón, noventa protagonistas, de ellos nueve extremeños, uno concretamente emeritense, Juan de Mendoza, hidalgo, contribuyente con dinero en la empresa, que murió en el fuerte de la Natividad, de la isla española. Y también Mérida da un conquistador como Juan Rodríguez Suárez, que fundó la serrana, andina y universitaria Mérida venezolana el día de

Todos los Santos de 1558. Y uno de los 18, que dieron la vuelta al mundo con Elcano, fue el emeritense Hernando de Bustamante. Difícil honor el de aquellos héroes, que pudieron contar, de 265 tripulantes iniciales. En Mérida nació también el navegante Francisco de Ulloa, que llegó con sus barcos a las islas Orcadas, hoy argentinas, también a las Sheland, cruzando el estrecho de Magallanes y tocando el círculo polar antártico.

Sigo, aun a riesgo de alargar este artículo, pero terminaremos la trayectoria. Anoto que, en el siglo XVI, pasa por aquí Fernando el Católico (1508); Hernán Cortés abraza en esta ciudad a su madre (1526); los restos mortales de Leonor de Austria, reina de Francia y de Portugal, son depositados en 1558, en la iglesia de Santa María hasta su traslado a El Escorial, dieciséis años más tarde. Felipe II se detuvo aquí dos semanas, de paso para Portugal (1580).

Como natural de la ciudad figura, en el siglo XVII, el Marqués de Mortara, célebre en el sitio de Fuenterrabía, que aún se conmemora. El Padre Santa Catalina, nacido sobre las ruinas de las ter-

mas públicas de la calle de Baños, es un prodigio de santidad, hoy en proceso de beatificación.

Juan Pablo Fomer, genio de la literatura española, es contribución de Mérida al siglo XVIII. «Yo he nacido en una colonia romana», decía. La madre de Meléndez Valdés, María Díaz Cacho, era de Mérida.

Carlos IV se hospeda en 1795 en el cortijo de Campomanes, donde este importante político había creado, con el anterior monarca, una fábrica de papel, además de otras actividades.

En la centuria pasada, la de los entrañables grabados de Laborde, viene Alfonso XII (1879). Habían sido ministros antes los hermanos Calatrava, también de aquí. Uno además, jefe del Gobierno.

Y en este siglo que estamos, tienen resonancia internacional las excavaciones arqueológicas que Mérida empezó en 1919. Mérida, con la reciente creación del Museo Nacional de Arte Romano, se elevará todavía más en condición de ciudad monumental romana, siendo ya colosal su fama entre científicos y turistas.